

B1162

S5

C.1

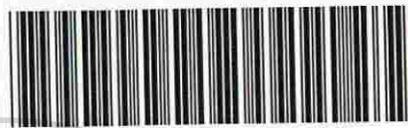
06

B1162

S5

c.1

980210



1080023195



PENSAMIENTOS

FILOSÓFICOS,

DEL

CANCILLER BACON.

TRADUCIDOS

POR EL CORONEL

José María Fornel.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO: NUÉVO LEÓN

IMPRENTA DEL C. ALEJANDRO VALDES, A CARGO DE J. M.
CALLEGOS, CALLE DE SANTO DOMINGO Y TACUBA.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

1832.

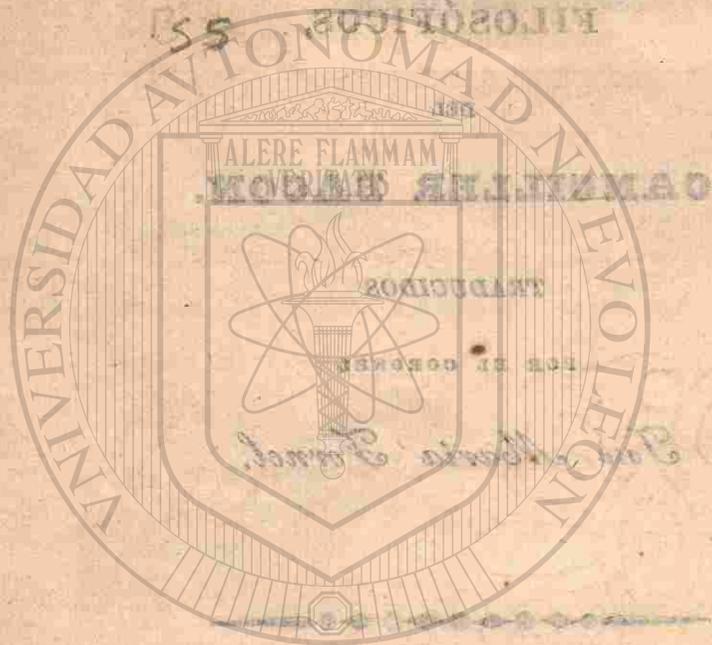


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Yañez

48119
sitaria

81122

55



ESCMO. SR. D. JOSÉ MARIA BOCANEGRA.

México Mayo 20 de 1832.

Muy apreciable amigo mio.

El que lea el Capítulo tercero de los PEN-
SAMIENTOS FILOSÓFICOS DEL ILUSTRE BACON,
conocerá, sin dificultad, el motivo de que yo
dedique á U. la TRADUCCION de la obra de
uno de los mas sobresalientes ingenios que
ha producido Inglaterra.

Soy de U. invariable amigo q. b. s. m.

José Maria Fornel.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

012086

ESCMO. SR. D. JOSÉ MARIA BOCANEGRA

México Mayo 20 de 1832.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PENSAMIENTOS FILOSÓFICOS

DEL

CANCILLER BACON.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA VERDAD.

PILATO preguntó chaneándose: ¿qué cosa es la verdad? y no aguardó respuesta.

Los hombres gustan de lo falso, por las cosas que le están ligadas. Si se les quitase las esperanzas lisonjeras, la vana estimacion de las cosas, las ideas quiméricas, ¡cuántas almas quedarían abatidas y marchitas, llenas de tristeza y languidez, disgustadas aun de sí mismas!

Sin embargo, digan lo que quieran las pasiones y la corrupción del corazón, la verdadera felicidad de la especie humana consistirá siempre, en la indagacion de la verdad que nos hace dignos de conocerla, en el conocimiento de la verdad que la detiene y fija á nuestros ojos, en la aquiescencia á ella misma, de la que depende su posesion y su goce.

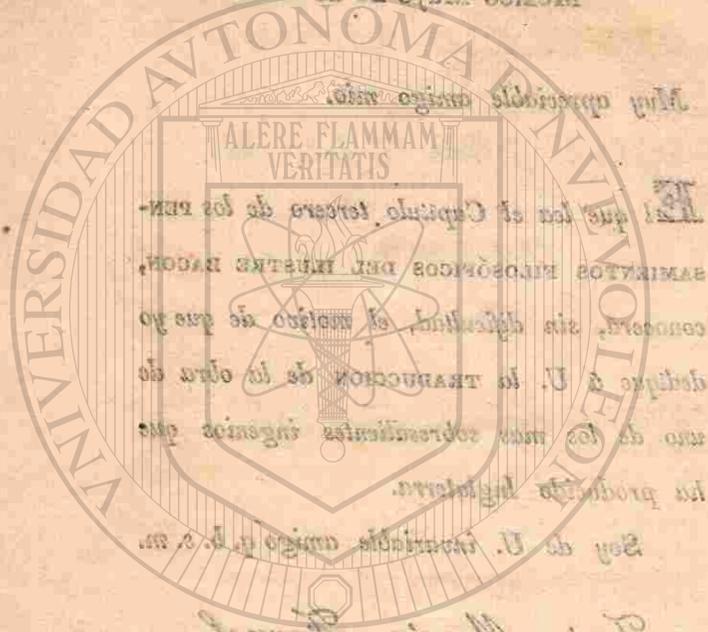
El poeta (1) que ha hermozeado con sus versos los dogmas de una secta peligrosa, (2) dijo con su acostumbrada elocuencia: *¡Dichoso el que vé desde la rívera á un buque combatido por los vientos! ¡Dichoso el que desde lo alto de una ciudadela observa en la llanura un combate sangriento y obstinado! Mil veces mas feliz, el que colocado sobre la montaña de la verdad, (montaña inaccesible, en la que el aire es siempre puro y sereno) vé á sus pies, en el valle del mundo, el desorden y los errores de los hombres, con tal de que éste espectáculo le inspire compasion y jamás orgullo!* Pasémos ahora de la verdad filosófica á la verdad

(1) Lucrecio.

(2) La de Epicuro.

ESCMO. SR. D. JOSÉ MARIA BOCANEGRA

México Mayo 20 de 1832.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PENSAMIENTOS FILOSÓFICOS

DEL

CANCILLER BACON.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA VERDAD.

PILATO preguntó chaneándose: ¿qué cosa es la verdad? y no aguardó respuesta.

Los hombres gustan de lo falso, por las cosas que le están ligadas. Si se les quitase las esperanzas lisonjeras, la vana estimacion de las cosas, las ideas quiméricas, ¡cuántas almas quedarían abatidas y marchitas, llenas de tristeza y languidez, disgustadas aun de sí mismas!

Sin embargo, digan lo que quieran las pasiones y la corrupción del corazón, la verdadera felicidad de la especie humana consistirá siempre, en la indagacion de la verdad que nos hace dignos de conocerla, en el conocimiento de la verdad que la detiene y fija á nuestros ojos, en la aquiescencia á ella misma, de la que depende su posesion y su goce.

El poeta (1) que ha hermozeado con sus versos los dogmas de una secta peligrosa, (2) dijo con su acostumbrada elocuencia: *¡Dichoso el que vé desde la rivera á un buque combatido por los vientos! ¡Dichoso el que desde lo alto de una ciudadela observa en la llanura un combate sangriento y obstinado! Mil veces mas feliz, el que colocado sobre la montaña de la verdad, (montaña inaccesible, en la que el aire es siempre puro y sereno) vé á sus pies, en el valle del mundo, el desorden y los errores de los hombres, con tal de que éste espectáculo le inspire compasion y jamás orgullo!* Pasémos ahora de la verdad filosófica á la verdad

(1) Lucrecio.
(2) La de Epicuro.

civil que se llama *veracidad*. Aquellos mismos á quienes es mas extranjera, confiesan que la buena fé y la franqueza, son la primera virtud del hombre, y que la liga de lo falso con lo verdadero, es como la del plomo con los metales preciosos; liga que los hace mas fáciles de ser forjados, pero que disminuye su precio. Todos estos rodeos oblicuos y tortuosos, asemejan el hombre á las serpientes, que por falta de pies se arrastran sobre el vientre. No existe un vicio que cubra al hombre de mayor infamia, que la falsedad y la perfidia. Preguntandose Montaigne la causa de que el nombre de *embustero* sea una tan grande injuria, contesta con mucha agudeza: que la razon es, porque reprochar á un hombre de mentira, es acusarlo de atrevido para con Dios, y de malvado para con los hombres; porque el mentiroso insulta á su señor, y tiembla delante de sus semejantes.

CAPITULO SEGUNDO.

DE LA MUERTE.

Los hombres temen á la muerte como un niño á las tinieblas: este último pavor se alimenta en los niños por los cuentos con que los espantan: sucede lo mismo con el primero. Pensar en la muerte como en la pena del pecado, y el tránsito para una nueva vida, es un sentimiento religioso y saludable; temerla considerándola como una deuda de la naturaleza, es una vana y vergonzosa debilidad. Aun en las meditaciones mas piadosas sobre la muerte, se desliza alguna levadura de necedad y de superstición. *Reflección*, dicen algunos libros devotos, en el dolor que *experimentais cuando padece aun la mas pequeña articulación, é inferid de aquí cuan gran tormento debe ser el de la muerte, cuando se corrompe y se disuelve todo el cuerpo*. La muerte no obstante, acontece frecuentemente con menos dolor que el que se siente cuando sufre un miembro; la razon de esto es, que las partes mas vitales no son las mas sensibles. *El aparato de la muerte*, dijo con justicia un filósofo antiguo, *espanta mas que la muerte misma*. Los gemidos y los sollozos, las convulsiones de los miembros, la palidez del semblante, las lágrimas de los amigos, el espectáculo de los funerales y cosas semejantes, es lo que hace terrible la muerte. Es cosa muy notable que

no existe pasión alguna, aun de las que se creen mas débiles, que no venza y no someta aquel temor al dominio de la razon. La muerte no es, pues, un enemigo tan formidable, pues que el hombre está rodeado de atletas que la combaten con sucesos. La venganza triunfa de ella, el amor la desprecia, el honor la busca, el temor de la infamia la prefiere, el dolor la implora y el miedo la evita: leemos que el emperador Othon se dió la muerte, y que la compasión, es decir, el mas tierno de todos los sentimientos, comprometió á sus mas fieles servidores á morir como él, por el solo interés que les inspiraba su señor.

Séneca agrega á estos motivos, el disgusto y el cansancio de vivir. No solamente el valor ó la miseria, hasta el fastidio llama á la muerte. No es menos notable la pequeña impresión que causa la aproximación de la muerte en las almas fuertes y generosas: ellas conservan su carácter hasta el postrer momento. Augusto murió con *urbanidad*: A Dios, dijo él á Livia, *recuerda nuestro amor y vive*: Tiberio murió disimulando: *Ya*, dice Tácito, *perdía él sus fuerzas y su substancia, y aun le quedaba su disimulo*: Vespasiano falleció chanseándose: *Yo comienzo á volverme Dios*; Galba espiró con grandeza de alma: *Hiere*, exclamó presentando su cabeza, *si el bien del pueblo Romano lo esije*; Septimio Severo trabajaba en su último momento: *Daos prisa, si me resta algo que hacer*. (1)

Ciertos estoicos han tomado demasiado empeño en hacerse firmes contra la muerte. Todos esos preparativos, para tranquilizarse cuando se aproxima, solo sirven para volverla mas terrible. Mas sábio ha sido aquel, que colocó á la muerte en el número de las cargas de la naturaleza: en efecto, tan natural es morir como nacer, y acaso padece mas un niño al venir al mundo, que el que muere al dejarlo.

El que muere ocupado profundamente de un gran deseo, es como el herido á quien el ardor de la sangre impide que sienta su herida. (2)

La muerte tiene por último, la ventaja de que abre

(1) Es imposible que un mexicano deje de recordar la entereza del joven Basilizo Valdéz, víctima de nuestras discordias civiles.

(2) El deseo de gozar de la felicidad prometida á los justos les endulza la muerte. *Beati qui in domino moriuntur*, dice la escritura santa: no pudo esplicarse mayor felicidad en menos palabras.

la puerta á la fama, y extingue la envidia: uno es amado cuando ya no existe.

CAPITULO TERCERO.

DEL INFORTUNIO.

SENECA, hablando á lo estóico, dijo una grande verdad: *Las virtudes de la prosperidad son dignas de envidia, y las de la desgracia de admiracion.* En efecto, si se considera como un prodigio lo que sobrepaja á las fuerzas de la naturaleza, el valor en la adversidad es el mayor milagro. ¿Qué espectáculo mas bello, ha dicho el mismo filósofo con una elevacion digna de él, que la tranquilidad de un Dios, unida á la debilidad de un hombre?

La virtud tiene algo de semejante á los cuerpos olorosos, que nunca derraman mayor perfume, que cuando se les mueve, ó son quemados; porque la prosperidad saca á luz á los vicios, y el infortunio á las virtudes.

CAPITULO CUARTO.

DEL MATRIMONIO Y DEL CELIBATO.

Los placeres de los padres y de las madres son secretos, tanto como sus penas y sus cuitas; ellos no pueden pintar aquellos, y no se atreven á hablar de estas. Los hijos hacen mas dulce el trabajo, y mas amargo el infortunio; ellos multiplican los cuidados de la vida, pero debilitan la idea de la muerte. Inmortalizarse en su raza, es una ventaja comun á todos los animales; pero el inmortalizarse por sus acciones es esclusivo del hombre: así que, vemos que las mas bellas y útiles empresas han sido hechas, por lo comun, por hombres que carecian de hijos. Ellos se han esposado con el estado y lo han dotado: no siéndoles posible dejar despues de sí la imagen de su cuerpo, se manifiestan celosos de dejar la de su alma: se puede en consecuencia asegurar, que los hombres mas ocupados de la posteridad, son los que no la tienen.

Poseer una muger y tener hijos, es dar rehenes á la fortuna; porque una familia es un obstáculo para los gran-

des esfuerzos, en la línea del bien y en la del mal. En el celibato puede serse buen amigo, buen amo, buen criado tambien; raras veces un súbdito fiel.

El celibato es conveniente á los eclesiásticos; á quienes las atenciones del matrimonio impedirian levantar asídua y sólidamente el edificio celestial; indiferente á los magistrados que no son por él mas difíciles de corromper; pernicioso á los militares, á quienes el recuerdo de una familia pudiera animar al combate.

Una esposa es el idolo de un jóven, la compañera de un hombre formado, y la nodriza de un viejo. En todas las edades pueden encontrarse razones que favorezcan al matrimonio. Se ha colocado sin embargo en el catálogo de los sábios á aquel filósofo, que preguntado sobre la época de la vida mas propia para casarse, respondió: *En la juventud es muy temprano, en la vejez es muy tarde.*

Acontece á menudo, que un marido malo tiene una esposa dulce, sea porque esta dulzura pueda inspirar ternura por algunos momentos en el marido, ó sea mas bien, porque la muger se hace un honor del sufrimiento. Esto sucede especialmente cuando ella ha deseado y escogido un esposo contra el dictamen de sus amigos; entónces no procura ella otra cosa que ocultar su arrepentimiento.

CAPITULO QUINTO.

DE LA VENGANZA.

La venganza es una especie de justicia salvaje: mientras mas saca á la naturaleza humana de sí misma, mas la debe reprimir la severidad de las leyes. La injuria no hace mas que violar la ley, la venganza la vuelve inútil; ella nos pone al nivel de nuestros enemigos, y el perdono nos hace superior á ellos.

Es muy raro hacer mal por el solo placer de hacerlo; alguna mira de ambicion ó de interés es el estímulo. ¿Por qué, pues, he de castigar á mi semejante, porque se ama mas que á mí? ¿Por qué tambien me ha de parecer extraño que la malicia sea únicamente la que lo ha conducido á ultrajarme? La espina y el cardo punzan y aun destrozan, porque esta es su naturaleza.

La venganza es sin embargo escusable, cuando la

ley no ha provisto á la reparacion de la injuria; pero es necesario entónces ecsaminar si la venganza misma ofende á la ley, porque de otra manera sería aumentar el mal y el gusto del enemigo.

Hay gentes, que al tomar venganza desean que sus enemigos entiendan de donde han recibido el golpe. Este modo de pensar es noble y generoso, cuando menos que el placer de la venganza, el objeto es el arrepentimiento de los que nos han ofendido; pero las almas viles y cobardes que buscan el secreto para vengarse, se parecen á las flechas que vuelan en las tinieblas.

El gran duque de Florencia, Cosme de Médicis, ha lanzado un dardo lleno de agudeza contra los amigos pérfidos. *La escritura, dice, nos manda perdonar á nuestros enemigos; nada semejante nos ordena para con los amigos. Yo gustaría mejor de decir de un amigo traidor, lo que Job de la divinidad: Hemos recibido los bienes de las manos de Dios, ¿por qué no hemos de recibir de ella los males?*

Vengarse es mantener una herida, que el olvido y el tiempo hubieran curado.

La venganza pública es siempre justa y comunmente útil; todo lo contrario es la venganza privada; el venegativo se asemeja á los emponzoñadores, que despues de haber sido funestos para otros, acaban por serlo á sí mismos y por perderse.

CAPITULO SESTO.

DEL AMOR.

EL amor ha hecho mas bien al teatro que á los hombres. Él ha suministrado materias interesantes á la escena trágica, y dañado mucho á la escena del mundo. Él es, ya una Sirena, ya una Furia. Casi ninguno de los hombres ilustres, tanto antiguos como modernos, ha dejado de ser tiranizado por este ardor insensato. Las grandes almas y los grandes negocios lo escluyen. Es necesario no obstante; exceptuar á Marco Antonio, que acertó á aliar el valor y los talentos con el gusto de los placeres; y á Apio Claudio el decenviro, cuya alma austera no pudo escaparse de los atractivos del amor. Esto arguye que el amor entra no solo en un corazon abierto, mas tambien algunas veces en un corazon bien fortificado, que no se guarda con empeño.

Esta pasion, siempre ecsaltada, insulta á la naturaleza y al valor real de las cosas, por el uso perpétuo que hace de la ecsageracion y de la hipérbole. Se ha advertido que cada uno es el primer adulador de sí mismo, rodeado de aduladores subalternos; el amante es algo mas todavía. Jamás el hombre presuntuoso ha hablado de su persona, como el amante del objeto querido. Por esto se ha dicho con razon, que amor y cordura son apenas el privilegio de un Dios. Esta locura se advierte no solo por los indiferentes, tambien por la persona amada, á no ser que el amor sea reciproco, porque entónces son dos locos; la razon es clara; el amor se paga siempre, ó por un amor mútuo, ó por un desprecio interior y secreto.

Nunca, pues, se guardarían los hombres demasiado de una pasion que lo arruina todo, comenzando por el que la siente. Los daños que causa, se contienen en la fábula ingéniosa de París, quien prefiriendo á Helena sobre todo, se privó de los dones de Juno y de Minerva: abandonar-se al amor, es renunciar á la fortuna y á la sabiduría.

Los mas violentos accesos de esta fiebre ocurren en el tiempo en que el alma es mas débil ó mas tierna, es decir, en la prosperidad y en el infortunio; la turbacion que una y otro producen, despierta y reanima al amor: se tiene pues razon de decir, que es hijo de la locura.

Aquellos que no pueden desterrar enteramente al amor, obran sabiamente conteniéndolo al menos en estrechos límites, y separándolo de los negocios y ocupaciones serias; cuando el amor se mezcla en ello, lo trastorna todo y aleja á los hombres del fin que se han propuesto.

Los militares están mas sujetos al amor que ningún otro, sea porque intenten compensar el peligro con los placeres, ó porque la ociosidad les vuelve necesario este sentimiento.

El hombre tiene en su corazon un movimiento y una atraccion oculta que lo conduce al amor de otros; cuando este sentimiento no se ha limitado á un solo objeto, entónces se difunde como por sí mismo y se difunde sobre muchos: así es que no cesa de ser esclusivo, mas que para volverse universal. Su efecto entónces es el de volvernos humanos y compasivos.

El amor conyugal perpetúa al género humano, el amor social lo perfecciona, el amor sensual lo corrompe y lo deshonor.

CAPITULO SEPTIMO.

DE LA AUDACIA.

DEMÓSTENES espresó un concepto muy conocido y digno de ser notado por los sábios. Preguntándosele ¿cuál era la primera cualidad de un orador? *La accion*, respondió él. ¿Cuál la segunda? *La accion*. ¿Cuál la tercera? *La accion*. El hablaba como concededor, y como un concededor tanto menos sospechoso, cuanto que la naturaleza habia sido muy avára para con él, de una cualidad á que daba tan alta importancia. Es cosa sorprendente que un talento que no pasa del exterior, y que mas bien es el de un cómico que el de un orador, haya recibido de Demóstenes la preferencia sobre las mas bellas dotes de la elocuencia, de la invencion, de la elocucion y de otras; en fin, que él la haya considerado casi como la única necesaria; la razon es evidente: los hombres tienen mas de nécios que de sábios, y las cualidades que obran con mayor energía sobre la ignorancia, son sin duda las mas poderosas.

Se puede comparar á la accion en la elocuencia, la *audácia* en los negocios civiles. ¿Cuál debe ser en ellos la primera cualidad? *La audácia*: ¿cuál la segunda? *La audácia*: ¿cuál la tercera? *La audácia*. Ella no obstante es la hija de la ignorancia y de la debilidad, y muy inferior á las otras dotes de la ciencia civil; pero ella deslumbra y cautiva á los pequeños talentos y á las almas cobardes, es decir, á casi todos los hombres. Ella hace vacilar algunas veces al sábio cuando no se mantiene firme y alerta; hé aquí por lo que *la audácia* goza de tanto poder en las democrácias, y porque es menos influente en los gobiernos aristocráticos y en la monarquía.

El atrevido puede mas cuando comienza los negocios que cuando los prosigue, porque la audácia ordinariamente no guarda consecuencia.

Así como hay charlatanes que ofrecen curar, ecsisten tambien en los cuerpos políticos hombres que se comprometen á las curaciones mas dificiles. La casualidad los saca con bien á veces; pero en las mas se engañan, porque no han estudiado la ciencia que profesan. Tampoco es raro verlos hacer milagros como el de Mahoma. Este impostor logró persuadir á la multitud que haria venir una montaña hácia él, y que colocado en su cumbre dirigiria

al cielo sus preces en favor de los fieles sus sectários. Mahoma llamó á la montaña repetidas ocasiones, á la presencia de inmenso pueblo que se habia reunido; pero ella permaneció inmóvil. *Ya que la montaña rehusa acercarse á Mahoma*, dijo sin embarazarse, *Mahoma irá á ella*. De esta manera los hombres de que hablo, cuando se les ha frustrado vergonzosamente alguna empresa importante, son los primeros en mofarse, vuelven sobre sus pasos, y se quedan fijos.

La audácia es ridicula no solamente á los ojos de los hombres de juicio; tambien á los del vulgo, cuando menos hasta cierto punto; porque lo extravagante es compañero casi inseparable de la audácia. Así por lo comun es ciega; no percibe ni los peligros, ni los obstáculos, y esto es puntualmente lo que la vuelve dañosa en sus consejos y acertada en la ejecucion. En consecuencia, si se quiere emplear á los atrevidos con ventaja y seguridad, es necesario no confiarles el poder supremo; convendrá mejor colocarlos en un rango inferior, en el que sean conducidos y mandados por otros; porque cuando se delibera es indispensable prever el peligro, y cerrar los ojos cuando se obra, á no ser que el peligro sea muy grande.

CAPITULO OCTAVO.

DE LA SUPERSTICION.

VALE mas ignorar la ecsistencia de Dios, ó dudar de ella, que tener de él una idea baja é indigna. (1) Lo primero es un error, lo segundo un ultraje, porque la supersticion deshonorá al ser Supremo. (2) *Yo preferiria*, decia Plutarco, *que se sostuviese que nunca habia habido Plutarco en el mundo, que el que se asegurase que habia ecsistido un*

(1) Esta proposicion es falsa, porque el mayor de todos los errores es el de ignorar la ecsistencia del ser Supremo, y dudar de ella, es un crimen. Nunca he creído que ecsistan atees especulativos, porque el primer rayo de la razon brilla sobre el trono de la divinidad.

(2) La mayor ofensa que puede hacerse á Dios es la de negar su ecsistencia, porque esto es negarle todos sus atributos y preferir á otros seres, aunque miserables á los que se concede ecsistencia.

Plutarco que devoraba sus hijos al nacer, como lo refieren los poetas de Saturno. No solamente es mas ofensiva á Dios la superstición que el ateísmo, sino que también es mas perjudicial á los hombres (1).

El ateísmo no destruye completamente á la razon, la filosofía, las leyes, la estimacion pública; las virtudes morales bastan, aun sin religion, para conservar aquellos sentimientos en el hombre; pero la superstición las aniquila, por la tiranía absoluta que ejerce sobre los espíritus (2).

El ateísmo trastorna raras veces á los estados, porque hace á los hombres circunspectos y atentos á su conservación: tambien vemos que los siglos mas propensos al ateísmo, tales como el de Augusto, han sido los mas pacíficos; pero la superstición ha causado la ruina de varias repúblicas y la de muchos reinos (3).

El pueblo es el rey, ó mas bien el tirano de la superstición despues de haber sido su esclavo; ella somete á los sábios, á los necios y á los insensatos. En el concilio de Trento, en el que la doctrina de los escolásticos gozó de un tan gran séquito, pareció mal que algunos prelados los comparasen á los antiguos astrónomos, quienes para explicar los fenómenos celestes imaginaban escentricidades y epiciclos sin fin, aunque estaban muy persuadidos de que nada semejante existia. De este modo los escolásticos, para salvar las pretendidas verdades, han inventado sutilezas, de cuya nulidad están convencidos, pero que les son muy útiles para el engaño (4).

(1) ¿Qué sería de la moral pública y privada, si los hombres llegasen á convencerse de que no existia un árbitro soberano del bien y del mal? ¿Qué sería del género humano, si desapareciese la moral?

(2) Es imposible concebir un solo destello de razon cuando ninguna idea se tiene de Dios. Tampoco existen virtudes morales, en el caso de desconocerla; esas cualidades filosóficas, distan mucho del rango de las virtudes morales.

(3) Un pueblo todo de ateos jamás podria mantenerse en paz: la falta de la moral supone la ausencia de toda justicia, y sin ella la sociedad humana no sería mas que la sociedad de las fieras. Bacon no prueba el ateísmo del siglo de Augusto, y debería probar además que la paz debió al ateísmo su restablecimiento: el siglo en que nació Jesucristo, no merece sin duda llamarse el de los ateos.

(4) Sabiéndose que Bacon era anglicano, no hay que preguntarle la causa de su enemiga al santo concilio de Trento. Nada tiene de extraño que los escolásticos figurasen, en las discusiones

Varias son las causas de la superstición: el deseo de sorprender y lisonjear los sentidos; por medio de ceremonias, á las que reducen algunos los deberes de la religion; el esceso de una hipocresia exterior y farisaica; un respeto sin límites á pretendidas tradiciones, que cargan á la fé, sin alimentarla; (1) las intrigas de algunos sacerdotes para satisfacer su ambicion ó su codicia; demasiados favores á las buenas intenciones, lo que suele abrir la puerta á novedades, y un transporte necio de las cosas humanas á las divinas; en fin, un siglo bárbaro, y en este siglo, épocas de turbacion y de calamidad.

La superstición sin máscara es un mónstruo horrendo: la semejanza del mono con el hombre no sirve mas que para hacerlo aparecer mas feo: lo mismo acontece con la superstición comparándola con la religion: así como se corrompen en un estómago enfermo los alimentos mas sanos, así algunas prácticas buenas en sí mismas, suelen degenerar en observancias pueriles y pusilánimes.

La superstición se mezcla á veces aun con la aversion que se le profesa: algunos se creen los mas puros y los mas sanos, porque están ecstos de las supersticiones recibidas. Es necesario tener cuidado al reformar ciertas prácticas religiosas, de no extraer los líquidos sanos con los malos humores. Esto sucede cuando el pueblo es el reformador (2).

CAPITULO NOVENO.

DE LA OCASION.

LA fortuna es semejante á un mercado público, en el que el precio de las provisiones disminuye cuando se aguarda.

cuando éstos eran los sábios de la época; pero en las decisiones, el que inspiraba á los padres de la asamblea era el espíritu divino, con el que Bacon no se atreverá á compararse ni á los filósofos antiguos, ni á los modernos, ni á Aristóteles, ni á Descartes.

(1) La Iglesia católica tiene dadas sábias reglas para calificar las verdaderas tradiciones.

(2) Los enemigos de la religion, conociendo la impotencia de sus ataques directos, combaten á la superstición que la misma religion condena: ella es tan contraria á la religion, como la

Se puede también comparar con ciertas negociaciones, en las que las mercancías son más caras, á medida de que los compradores las hacen más raras.

Conviene pues, esperar siempre á la fortuna, y afianzarla cuando ha llegado: esta es la razón de que se presente á la ocasión con cabellos por delante que brinda á los que saben esperarla, y con la cabeza calva por detrás para los que la dejan pasar.

Nunca se acredita más prudencia que cuando se sabe emprender, y comenzar un negocio á tiempo. Mas frecuente es no ver el peligro, que el turbarse cuando se ha visto. Hay también ciertos peligros, que es mejor buscarlos á medio camino, que estar asechando, y observando sus movimientos, y su aproximación: el que vela demasiado se duerme al fin; muy profundamente.

Avanzar demasiado al encuentro del peligro, es caer en el otro extremo; y llamarlo, es parecerse á aquel general de un ejército, que engañado por la largura de las sombras al nacer la luna, creyó que los enemigos estaban muy cerca, é hizo lanzar contra ellos antes de tiempo dardos inútiles.

Generalmente hablando, el partido más seguro y el más ventajoso es el de confiar á los ojos de Argos el principio de todos los grandes asuntos, y el fin, á los cien brazos de Briareo; es decir, vigilar primero, y apresurarse despues: el verdadero easeo mágico que hace invisible á la política, es el secreto en los consejos, y la celeridad en la ejecución. En efecto, cuando de lo que se trata es de obrar, el secreto no puede compararse con la celeridad; ella es semejante á una bala de cañon, que por su rapidez se oculta á la vista mas perspicaz, y así produce mejor su efecto.

CAPITULO DÉCIMO.

DEL ARTE DE GOBERNAR LA SALUD PROPIA.

HAY para gobernar la salud, un arte superior á todas las reglas de la medicina. La observacion que todos deben hacer de lo que les daña, ó de lo que les aprovecha, es verdad á la mentira, la hipocresia á la santidad, la luz á las tinieblas.

la medicina mas saludable y segura. Es sin embargo mas seguro decir: *tal cosa me ha hecho daño, yo pues renunciaré á ella*, que el decir: *tal cosa me ha causado placer, yo continuaré haciendo uso de ella*, porque la fuerza de la juventud soporta fácilmente ciertos excesos, que se pagan en la edad avanzada.

Pensad, pues, en la edad que os amenaza sin cesar, y no presumais poder continuar siempre el mismo modo de vivir; porque es conveniente no declarar la guerra á la vejez. Evitad hacer un cambio repentino en alguna parte principal de vuestro régimen; y si la necesidad os obliga á ellos, acomodad el resto á este cambio: es un principio de salud y de política, el que es preferible mudar lo todo que una sola parte considerable.

Escatinad atentamente vuestros hábitos, vuestra dieta, vuestro sueño, vuestros ejercicios, y si notais que alguna cosa os daña, procurad poco á poco deshaceros de ella, pero de modo que si la privacion os fuese mas perjudicial, os sea fácil volver sobre vuestros pasos: es muy difícil distinguir entre las cosas que son en lo general saludables, y las que convienen únicamente á la constitucion de vuestro cuerpo. Uno de los mejores preceptos para prolongar y conservar la vida, es el de tener libre y alegre el espíritu en las horas del sueño, de la comida y del ejercicio. Para conseguirlo, huid de la envidia, de la inquietud, del temor, de la cólera sofocada y reprimida, del júbilo desmedido y del dolor reservado que no se desahoga. Entregaos, por el contrario, á la esperanza, á la alegría, mas bien que al júbilo, á la variedad antes que al exceso en algun placer, á la novedad que divierte y disipa; á los estudios, en fin, que llenan al alma de objetos agradables, tales como la fábula, la historia, el espectáculo de la naturaleza. Si cuando se disfruta de salud se evita toda clase de medicamentos, su uso será mas penoso y desagradable en la enfermedad. Si inclinándose al otro extremo, se acostumbran demasiado los remedios, perderán su fuerza y su eficacia, cuando llegue la necesidad verdadera de ellos. La dieta, observada en ciertos tiempos, es muy preferible al uso frecuente de las medicinas; ella no cesará de ser útil sino cuando se ha convertido en hábito. No despreciéis los accidentes desconocidos que pue-

Se puede también comparar con ciertas negociaciones, en las que las mercancías son más caras, á medida de que los compradores las hacen más raras.

Conviene pues, esperar siempre á la fortuna, y afianzarla cuando ha llegado: esta es la razón de que se presente á la ocasión con cabellos por delante que brinda á los que saben esperarla, y con la cabeza calva por detrás para los que la dejan pasar.

Nunca se acredita más prudencia que cuando se sabe emprender, y comenzar un negocio á tiempo. Mas frecuente es no ver el peligro, que el turbarse cuando se ha visto. Hay también ciertos peligros, que es mejor buscarlos á medio camino, que estar asechando, y observando sus movimientos, y su aproximación: el que vela demasiado se duerme al fin; muy profundamente.

Avanzar demasiado al encuentro del peligro, es caer en el otro extremo; y llamarlo, es parecerse á aquel general de un ejército, que engañado por la largura de las sombras al nacer la luna, creyó que los enemigos estaban muy cerca, é hizo lanzar contra ellos antes de tiempo dardos inútiles.

Generalmente hablando, el partido más seguro y el más ventajoso es el de confiar á los ojos de Argos el principio de todos los grandes asuntos, y el fin, á los cien brazos de Briareo; es decir, vigilar primero, y apresurarse después: el verdadero easeo mágico que hace invisible á la política, es el secreto en los consejos, y la celeridad en la ejecución. En efecto, cuando de lo que se trata es de obrar, el secreto no puede compararse con la celeridad; ella es semejante á una bala de cañon, que por su rapidez se oculta á la vista más perspicaz, y así produce mejor su efecto.

CAPITULO DÉCIMO.

DEL ARTE DE GOBERNAR LA SALUD PROPIA.

HAY para gobernar la salud, un arte superior á todas las reglas de la medicina. La observación que todos deben hacer de lo que les daña, ó de lo que les aprovecha, es verdad á la mentira, la hipocresía á la santidad, la luz á las tinieblas.

la medicina más saludable y segura. Es sin embargo más seguro decir: *tal cosa me ha hecho daño, yo pues renunciaré á ella*, que el decir: *tal cosa me ha causado placer, yo continuaré haciendo uso de ella*, porque la fuerza de la juventud soporta fácilmente ciertos excesos, que se pagan en la edad avanzada.

Pensad, pues, en la edad que os amenaza sin cesar, y no presumáis poder continuar siempre el mismo modo de vivir; porque es conveniente no declarar la guerra á la vejez. Evitad hacer un cambio repentino en alguna parte principal de vuestro régimen; y si la necesidad os obliga á ello, acomodad el resto á este cambio: es un principio de salud y de política, el que es preferible mudar todo que una sola parte considerable.

Escatinad atentamente vuestros hábitos, vuestra dieta, vuestro sueño, vuestros ejercicios, y si notais que alguna cosa os daña, procurad poco á poco deshaceros de ella, pero de modo que si la privación os fuese más perjudicial, os sea fácil volver sobre vuestros pasos: es muy difícil distinguir entre las cosas que son en lo general saludables, y las que convienen únicamente á la constitución de vuestro cuerpo. Uno de los mejores preceptos para prolongar y conservar la vida, es el de tener libre y alegre el espíritu en las horas del sueño, de la comida y del ejercicio. Para conseguirlo, huid de la envidia, de la inquietud, del temor, de la cólera sofocada y reprimida, del júbilo desmedido y del dolor reservado que no se desahoga. Entregaos, por el contrario, á la esperanza, á la alegría, mas bien que al júbilo, á la variedad antes que al exceso en algun placer, á la novedad que divierte y disipa; á los estudios, en fin, que llenan al alma de objetos agradables, tales como la fábula, la historia, el espectáculo de la naturaleza. Si cuando se disfruta de salud se evita toda clase de medicamentos, su uso será mas penoso y desagradable en la enfermedad. Si inclinándose al otro extremo, se acostumbran demasiado los remedios, perderán su fuerza y su eficacia, cuando llegue la necesidad verdadera de ellos. La dieta, observada en ciertos tiempos, es muy preferible al uso frecuente de las medicinas; ella no cesa de ser útil sino cuando se ha convertido en hábito. No despreciéis los accidentes desconocidos que pue-

dan sobrevenir á vuestro individuo, y en estos casos consultad con los médicos.

¿Estais enfermo? velad con empeño sobre vuestra salud; ¿os sentis bien? ejercitad vuestro cuerpo y no lo debilitéis por una excesiva delicadeza; el que cuando goza de salud trata á su cuerpo con cierta especie de tolerancia, podrá frecuentemente en las enfermedades no agudas, curarse por sí mismo, sin necesidad de ocurrir á otra medicina que á un poco de dieta y de régimen. Celso habló menos como médico que como hombre sabio, cuando señaló como uno de los mas útiles secretos, para alargar la vida y conservar la salud, el uso alternativo de cosas contrarias, aunque haciéndolo mayor de las que nos son análogas. Sed, dijo, *alternativamente parcós y excesivos en la comida, pero sóbrios con mas frecuencia; alternad las desveladas y un largo sueño; entregaos al reposo y al movimiento, pero mas veces al segundo: este es el medio de conservar y de fortificar la salud á la vez.*

Hay algunos médicos tan indulgentes con los enfermos, que parecen olvidados del cuidado de curarlos; otros hay por el contrario tan rígidos y apegados á proceder según el arte en el trato de las enfermedades, que hacen poco caso del estado del temperamento del enfermo. Tomad por vuestro médico al que evite tanto uno como otro extremo.

CAPITULO UNDÉCIMO.

DE LAS SOSPECHAS.

Las sospechas son, respecto de los otros sentimientos del alma, lo que los murciélagos respecto de las otras aves: nunca se presentan mas que en la obscuridad. Jamás será excesivo el cuidado que se ponga en reprimirlas: ellas turban al alma, enagenan á los amigos, interrumpen los negocios, son enemigas de la constancia y de la alegría, hacen á los príncipes tiranos, celosos á los maridos, y aun á los sábios inciertos y melancólicos.

Ellas son un vicio mas bien del entendimiento que del corazón; porque ellas trastornan á las almas mas nobles y mas grandes. Testigo de esta verdad es Henrique VII rey de Inglaterra, á quien la elevacion de su alma no impidió que fuese excesivamente sospechoso.

Es preciso, sin embargo, confesar que las almas grandes son, por lo comun, las menos espuestas á los estragos de las sospechas; porque no les dan cabida sin estar previamente aseguradas de que tienen algun fundamento verosímil: mas en las almas débiles y tímidas, la fuerza de las sospechas es asombrosa. En efecto, nada nos hace mas propensos á las sospechas que la ignorancia. La razón es, que la atención y el examen son excelentes remedios contra las sospechas, que se alimentan de humo y de tinieblas.

¿Qué pretenden los hombres? ¿Se persuaden que todos aquellos con quienes viven, todos aquellos de quienes se sirven son ángeles ó santos? ¿Ignoran que todos se dirijen á cierto objeto, y que no existe otro mas cercano y mas caro á cada uno que su persona misma? No hay pues un camino mas seguro para librarse de las sospechas, que procurar curarse de ellas como si fueran ciertas, y reprimirlas como si fuesen falsas. Las sospechas pueden acaso ser útiles, si nos sirven para mantenernos alerta, á fin de impedir que se nos haga mal; pero aquellas que el alma va á buscar dentro de sí misma, no son mas que un vano ruido; aquellas á que alimenta un artificio exterior y que conservan los aduladores, causan á veces heridas peligrosas.

El arbitrio mas seguro para escapar de las sospechas, es el de franquearnos con libertad á la persona que nos es sospechosa; es imposible que entonces no reconozcámos prontamente la verdad ó falsedad de nuestras conjeturas. Esta conducta servirá además para hacer circunspecto á aquel de quien sospechamos: él procurará no dar lugar á nuevas sospechas; una conducta semejante para nada será útil con hombres de caracter bajo y malvado, quienes comienzan á ser infieles luego que conciben que son sospechosos, porque conforme á un adagio italiano, *las sospechas despiden á la fidelidad*. Parece que mas bien debian afirmarla y estimularla á justificarse de la injuria que se le habia hecho.

CAPITULO DUODÉCIMO.

DEL CARACTER Y DEL HABITO.

ALGUNAS veces se logra ocultar el natural, se le vence en otras, se le destruye nunca. La violencia que se le

hace, no sirve mas que para hacerlo mas impetuoso cuando se presenta de nuevo; las luces y los preceptos pueden volver menos impetuosas á las afecciones naturales, pero no lograr destruirlas; el hábito solamente es capaz de cambiar y dominar á la naturaleza.

El que desee triunfar sobre su natural, no debe proponerse un objeto demasiado fuerte; ni uno demasiado débil; porque en el primer caso, el alma, á la que se le frustra su intento, perderia su valor; en el segundo, ganaria poco, á pesar de sus triunfos.

Conviene al principio de un ejercicio tan penoso, ayudarse con algunos apoyos y socorros, así como un nadador novicio se vale de juncos ó de vegigas. Cuando se sienta el aumento de fuerzas, se impondrá dificultades á sí mismo, á modo de los saltadores que usan de zapatos mas pesados.

Si el natural tiene mucho de energía y es difícil en consecuencia dominarlo, será conveniente proceder por grados sobre poco á poco ó menos, de la misma manera. Primeramente, se contendrá por algun tiempo el genio, á ejemplo de aquel, que cuando entraba en cólera repetia todas las letras del alfabeto antes que hacer cosa alguna. En segundo lugar, se moderará el genio, y de día en día se logrará disminuir su imperio; por ejemplo, si hay deseo de abstenerse del uso del vino, se comenzará á disminuirlo poco á poco, el natural será completamente vencido y pasará debajo del yugo.

Si hubiera, no obstante, bastante fuerza y constancia para romperlo y librarse de él, de un golpe, éste partido sería sin duda el mejor. *Dichoso, ha dicho un poeta, el que dueño de su alma, ha roto con energía los lazos que la lastimaban, y no ha tenido que sufrir mas que un solo acceso de dolor!*

No olvidéis la antigua regla de encorvar el genio en sentido contrario, al modo que se practica para enderezar un baston, cuidando de que ésta inclinacion no degeneré en el vicio opuesto.

Para introducir los hábitos, convienen los esfuerzos sucesivos y no los continuos; porque la interrupcion y el intermedio aumentan y renuevan el esfuerzo, y el que se ejercita con nimia frecuencia en su aprendizaje, se ejercita á veces en los errores.

Debe uno sobre todo evitar el creerse demasiado presto vencedor del genio; queda algunas veces sepultado para

revivir y reaparecer en primera ocasion: esta es la fábula de la gata metamorfoseada en muger, que pareció muy racional hasta el momento en que descubrió á un raton.

El genio se manifiesta particularmente en el trato comun y familiar, porque entonces no tiene cabida el disimulo; en la turbacion del alma, porque en tal estado se ignoran las reglas y los preceptos; en fin, en cualquiera ocurrencia nueva é imprevista, porque entónces el hábito nos abandona.

Merecen apellidarse felices, aquellos cuyo caracter conviene á su modo de vivir; los otros deben decir: *mi alma está en país extranjero.*

En el estudio, señalad un tiempo para meditar y ejercitaros en las cosas que os agradan menos; con respecto á las materias que os gustan, no tengais hora señalada para entregaros á ellas; vuestra alma por sí misma se dirigirá á ellas, luego que los negocios y los estudios necesarios se lo permitan.

El natural produce constantemente buenas y malas yerbas; conviene pues arrancar constantemente unas, y regar otras.

CAPITULO DÉCIMOTERCIO.

DE LA COSTUMBRE Y DE LA EDUCACION.

Los pensamientos de los hombres siguen ordinariamente sus inclinaciones, y sus discursos siguen las doctrinas y las opiniones en que están imbuidos; pero sus acciones siguen á sus hábitos: ésta es la razon (como lo nota Maquiavelo, aunque sobre un ejemplo criminal y odioso), de que no convenga confiarse á la violencia del genio, ni á la de los discursos, á menos que no esté afirmada por el hábito.

El ejemplo que ofrece Maquiavelo es este: que para una accion atrevida y cruel es necesario no descansar ni sobre la ferocidad del natural, ni sobre promesas las mas constantes, ni tampoco sobre juramentos; pero que la ejecucion del crimen debe librarse enteramente á hombres sanguinarios, ejercitados largo tiempo en asesinatos. Cuando Maquiavelo hablaba así, no conocía á Jacobo Clemente, á Ravallac y á Baltasar Gerard, quienes no eran asesinos de profesion, aunque los asesinatos que perpetraron en reyes y en príncipes los hayan hecho muy famosos; esto quiere

decir, que la regla de Maquiavelo tiene una escepcion; y que en la supersticion es en donde esta escepcion se encuentra. La supersticion ha hecho tan notables progresos en nuestros dias, que los asesinos de profesion no son ya tan temibles como los supersticiosos, y aun el voto de derramar sangre tiene tanto poder como el hábito de derramarla.

En todo lo demás, la fuerza del hábito se manifiesta en cada momento. Es cosa singular veer á un gran número de personas deshacerse en promesas, en protestas, en palabras, y olvidarlo en seguida todo para obrar como tiene de costumbre, como si no fueran otra cosa que estátuas y máquinas inanimadas, movidas y lanzadas por el rodage de la costumbre.

En otros muchos casos puede hallarse tambien la tiranía de la costumbre. Los Gymnosophistas indianos, tanto antiguos como modernos, se arrojan tranquilamente á la hoguera, sacrificándose al fuego que adoran. Aun las mugeres se apresuran á arrojarse á la pira que consume á sus maridos. Los niños de Sparta se dejaban en otro tiempo azotar pacientemente delante del altar de Diana, sin lanzar una queja ni un suspiro. Hay en Rúsia ciertos monjes, que para hacer penitencia se sumergen en el agua, en el rigor del invierno, y esperan á que el frio y el yelo los haga perecer.

Siendo, pues, las costumbres el árbitro soberano de la vida humana, debemos procurar adquirirlas honestas y virtuosas.

El hábito que comienza desde la infancia, se llama educacion. En una edad mas avanzada, se toma difícilmente otro nuevo giro, esceptuando á algunos hombres que han tenido cuidado de conservar su alma abierta á toda clase de reglas, y de estar, por decirlo así, siempre dispuestos á recibir una educacion nueva; pero este caso es muy raro.

Si tanta es la fuerza del hábito, aun cuando es simple y aislado, ¿cuánta debe ser la que tiene apoyado en las relaciones y en el trato de la vida? Entónces el ejemplo instruye, la sociedad persuade, la emulacion aguijonea, la gloria anima.

La naturaleza se engrandece en nosotros, y en cierta manera se multiplica por una sociedad honrada, y por una educacion saludable. Un buen gobierno y buenas leyes nutren á la virtud en yerba, pero no hacen que obtenga pron-

tamente su madurez; mas tal es la desgracia de la condicion humana, que la fuerza del hábito, de la educacion, de la sociedad, del gobierno y de las leyes, se emplea las mas veces en los fines menos honestos.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

DE LA FORTUNA.

No puede negarse que la casualidad y los acontecimientos exteriores tengan mucho poder para avanzar ó retroceder la fortuna. El favor de los grandes, la muerte de algunos, y la ocasion, ayudan á los talentos y al trabajo.

Es cierto, sin embargo, hablando en lo general, que cada uno es el primero y principal autor de su fortuna; pero que entre las causas esternas no hay otra mas pronta y eficaz que las faltas de los concurrentes y enemigos: la necesidad de uno sirve siempre al adelanto de otro. Por esto se ha dicho que una serpiente no llega á obtener el rango de dragon hasta que ha devorado á otra serpiente.

Si se solicita á la fortuna con ojos penetrantes y atentos, se le encontrará, porque aunque ciega no es invencible: el camino que conduce á ella es semejante á la vía láctea, que es un conjunto inmenso de estrellitas, imperceptible cada una en particular, pero luminosas todas juntas. Hay del mismo modo varias virtudes; ó para hablar con exactitud, varias cualidades, poco sensibles y notables en sí mismas que conducen á la fortuna.

Entre estas cualidades, las naciones numeran algunas de que no podría dudarse. Cuando hablan de un hombre á quien prometen una gran fortuna, colocan entre sus recursos el tener *un poco de malto*, un poco de locura. En efecto, no pueden concebirse circunstancias mas favorables á la fortuna, que tener poco de juicio y de probidad; los que han amado á su patria ó á su príncipe mas que á sí mismos, jamás han hecho fortuna, ni les era posible, porque cuando alguno lleva sus designios fuera de sí, no acierta otra vez con su camino.

Una fortuna rápida é inesperada hace á los hombres turbulentos y temerarios: una fortuna lenta y ganada con trabajo, los vuelve tan prudentes como valerosos.

Los hombres diestros, á fin de alejar ó consolar á

la envidia, atribuyen todos sus sucesos á la Providencia ó á la fortuna; por éste medio les es mas fácil hablar de los sucesos con mayor decencia y libertad; el orgullo se lisonjea tambien, cuando puede alguno hacerse considerado por los demás, como el objeto especial de los cuidados de la Providencia; ésta idea hace reñir en el hombre cierta apariencia de magestad. Por este motivo, César, al animar á su piloto durante una tempestad, le decía: *Tú llevas á César y á su fortuna.* No por otro, Sylla se hizo llamar *el Feliz* y no *el Grande.* Se ha observado que los que en los negocios quieren confiarlo todo á la industria y nada á la fortuna, han acabado por perderse. Se cuenta que Timoteo el Ateniese, habiendo agregado, despues de dar cuenta de sus triunfos al pueblo de Atenas, que la fortuna no habia tenido en ellos parte alguna, cesó desde aquel instante de ser feliz en sus empresas.

CAPITULO DECIMOQUINTO.

DE LA ALABANZA.

La alabanza es la vuelta, y como la reflexion de la virtud; participa ella, así como la luz, de la naturaleza de los espejos que la reflejan. Si la alabanza viene del pueblo, la reflexion es turbia y falsa; con mas frecuencia acompaña á la vanidad y al orgullo, que á la verdadera virtud. En efecto, pocas virtudes existen de primer orden que parezcan calculadas para ser percibidas por el pueblo. Las pequeñas virtudes obtienen sus alabanzas, las medianas causan su asombro; las grandes virtudes se escapan de su observacion; pero lo que sorprende sobre todo, es la apariencia y la imagen de la virtud. La reputacion es semejante muchas veces á un río que arrastra á los cuerpos sólidos; pero si el juicio de los hombres sábios se junta con el del pueblo, entónces la reputacion se estiende, se fortifica y es ya muy difícil destruirla; se parece á ciertos perfumes bien compuestos, cuyo olor es mas durable que el de las flores de que se les compuso.

La alabanza tiene frecuentemente una compañera engañosa que hace recaer sospechas en ella; casi siempre no es dictada mas que por la adulacion.

Si el lisonjero es un hombre vulgar, no aplaudirá en vos mas cualidades que las comunes de que participais con otros, y no las singulares y que se hallan difícilmente. Un adulator mas delicado seguirá las huellas del adulator principal, es decir, de vos mismo; alabará principalmente en vos las cualidades en que creéis sobresalir, y que son el objeto de vuestra complacencia. Un adulator impudente y sin vergüenza, alabará hasta los defectos que vos mismo reconocéis y de que os avergonzais, y llegará á sofocar el testimonio interior de vuestra conciencia.

Ciertas alabanzas no merecidas son dictadas algunas veces por el respeto y aun por la virtud; estas son principalmente las que se dirigen á los príncipes: las alabanzas de que no son merecedores, les deben servir de lecciones; cuando se les alaba de lo que no son, se les avisa respetuosamente lo que deben ser.

Hay gentes, que por maldad afectan á veces alabar á sus enemigos, para escitar mas seguramente contra ellos la envidia y el rencor. Agricola, dijo Tácito, *tenia enemigos, tanto peores, cuanto que lo elogiaban.*

Los aplausos moderados, dados á tiempo y no comunes, son los mas gratos y provechosos. Ninguna cosa es mas chocante, ni mas espuesta á la contradiccion y al ridículo, que el levantar á cualquiera hasta las nubes; pero si no es decente alabarse á sí propio, si no es en casos sumamente raros, se puede al menos aplaudir decentemente, y aun con cierta especie de dignidad el estado que se profesa, ó los empleos que se ejercen. S. Pablo glorificándose á sí mismo, agrega á veces estas palabras: *Yo hablo como insensato;* pero cuando se trata de su mision no teme añadir: *Yo me glorificaré por mi apostolado.*

CAPITULO DECIMOSESTO.

DE LA VANA GLORIA.

Esoro ha dicho adecuadamente: una mosca parada en el timon de un carro, se decía á sí misma: *¡Cuánto polvo levanto!* Hay tambien hombres vanos y ridiculos, quienes cuando se ha logrado una empresa, sea por casualidad ó por industria de otros, se figuran, por pequeño que sea, el participio que han tenido en su consecucion, que sus

esfuerzos son los que han dado impulso á la máquina.

Los jactanciosos son ordinariamente grandes habladores y poco trabajadores; ésto es lo que explica el proverbio francés: *Mucho de ruido, poco de trabajo.*

Estas clases de espíritus son sin embargo útiles en ciertos negocios. Si conviene poner en acción la fama, ó difundir prontamente alguna opinión, esta especie de hombres es una excelente trompeta.

Tito Livio nota sobre este punto, y con referencia al tratado de Antiocho y los Etolios, que *mentiras recíprocas de una y otra parte son algunas veces de gran auxilio.* Por ejemplo, si negocia alguno con dos príncipes para comprometerlos á declarar la guerra á un tercero, será útil para obtener un buen resultado, ponderar recíprocamente á cada uno de los príncipes el poder y las fuerzas del enemigo, y del aliado con que se brinda.

Sucede frecuentemente que un hombre que trata con dos particulares, aumente la buena opinion que cada uno tiene de él, insinuándoles con astucia que disfruta de mayor influencia y crédito, del que realmente tiene.

No es extraño, en semejantes ocasiones, ver que de la nada se produzca alguna cosa, porque la opinion nace de la mentira, y la opinion produce realidades.

No es inútil á los generales ser un poco jactanciosos; porque así como el fierro aguza al fierro, así la gloria aviva los talentos, para la gloria misma.

En las acciones grandes y arriesgadas, los hombres llenos de jactancia emplean mas de vivacidad y de actividad; los espíritus moderados y sábios hacen mas uso del timon que de las velas.

La fama, preconizando los talentos de algun hombre, no vuela de boca en boca sin tener al menos *algunas plumas de ostentacion.* Cicerón decía, que los mismos que escriben sobre el desprecio de la gloria, colocan sus nombres al frente de sus eseritos. Sócrates, Aristóteles, Galeno, ¡qué nombres tan ilustres han estado sujetos á la vana gloria! Este sentimiento es útil para estender y perpetuar el nombre propio. Cuando la virtud es aplaudida, más veces es deudora de esta ventaja á la opinion pública, que al empeño que ella tenga de manifestarse. La reputacion de Cicerón, de Séneca, de Plinio el joven, no hubiera subsistido hasta nuestros dias, al menos con tanta fuerza, si no hubiera sido auxiliada por algo de jactancia y vanidad por su parte. En este caso, la jactancia se parece

al barniz, que hace á la madera mas duradera y mas brillante.

Quando yo hablo, por último, de la vanagloria, yo no entiendo por ella aquella cualidad que Tácito atribuye á Mucieno; aquel arte que él poseía de darse importancia en todas sus palabras y sus acciones; *tal arte no es el efecto de la vanidad, pero sí el fruto de una clase de sabiduría y grandeza de alma; ésta dote sirve hasta para hacerse amar en los que la poseen.* Las disculpas dadas con gracia, los servicios prestados á tiempo, la modestia misma diestramente colocada, raras veces son otra cosa que artificios de la ostentacion.

CAPITULO DECIMOSEPTIMO.

DE LA CÓLERA.

PRETENDER extinguir del todo la cólera, es una vana ostentacion de los estóicos; el oráculo del sabio es más verdadero: *Que el sol no se ponga sobre vuestra cólera.*

Séneca compara al hombre colérico con un edificio en ruinas, que se rompe y destruye, cayendo sobre otro cuerpo.

El hombre no debe imitar á la abeja, que deja la vida en la misma herida que hace.

La cólera es una pasión baja y que manifiesta debilidad; de esta verdad puede convencerse el que observe á los que están sujetos á ella; las mugeres, los niños, los viejos y los enfermos.

CAPITULO DECIMO OCTAVO.

DE LA VICISITUD DE LAS COSAS HUMANAS.

SALOMÓN ha dicho: *Nada hay nuevo debajo del sol.* Platon espresó lo mismo en otros términos: *La ciencia no es mas que un recuerdo.* Salomón dijo tambien en el mismo sentido: *El deseo de la novedad no es mas que un olvido.* De aquí puede concluirse, que el rio Lethéo corre en la tierra, así como en los infiernos.

CAPITULO DECIMONONO.

Los hombres empleados son esclavos tres veces; esclavos del príncipe ó del estado, esclavos de la opinion pública y esclavos de los negocios; de modo que no gozan de su libertad, ni en sus personas, ni en sus acciones, ni en su tiempo.

Es un frenesí muy singular de la ambicion humana, el de perder la libertad para ser mas poderoso, y el de cesár de ser dueño de sí mismo, para serlo de otros; los hombres tambien que han obtenido empleos, no pueden conformarse con su desgracia, ni con su retiro. La vejez misma y las enfermedades, no impiden que les sea enojosa la vida privada; se parecen ellos á aquellos ancianos decrepitos, quienes, mas bien que permanecer en el interior de su casa, se hacen sentar á su puerta, aunque en esta postura no sean mas que un objeto de compasion ó de desprecio.

CAPITULO VIGESIMO.

DE LAS SEDICIONES Y DE LOS TUMULTOS.

Es muy importante para los gefes del pueblo saber prevenir y preveer las tempestades políticas: ellas acontecen principalmente cuando los diferentes órdenes del estado tienden á la igualdad, así como los grandes huracanes sobrevienen hácia el tiempo de los equinoccios.

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO.

DE LOS VIAGES.

Los viages hacen parte de la educacion de los jóvenes y de la esperiencia en los viejos. El que viaja por los países estrangeros sin estar suficientemente instruido en la lengua que se habla en ellos, vá con mas propiedad á la escuela que á viajar.

Es necesario que un jóven que viaja tenga un guía ilustrado que le haga observar lo que lo merezca; de otra manera él viajará con los ojos vendados y sin provecho.

Los diarios son muy útiles en los viages, y estoy asombrado de la negligencia en formarlos. Es muy extraño que los navegantes lleven casi todos un diario, aunque no ven mas que cielo y tierra, y que se pasen sin diario los que viajan por el continente en que hay tantas cosas que observar; como si las observaciones debidas al acaso fuesen mas dignas de ser escritas que las debidas á la atencion y á la sagacidad.

Manifestad que habeis viajado, mas por vuestros discursos que por vuestro exterior; procurad mejor responder á propósito á las cuestiones que se os hagan, que manifestaros ansiosos de prevenirlas: sobre todo no cambiéis las costumbres de vuestro país por las del estrangero: procurad solamente temperarlas, y para decirlo así, adornar á las unas con las otras.

CAPITULO VIGESIMO SEGUNDO.

DE LA DIGNIDAD REAL.

Es un estado bien triste para el alma, tener poco que desear y mucho que temer; tal es, sin embargo, la condicion de los reyes. Colocados en el rango supremo, nada ecsiste sobre ellos á que puedan aspirar, lo que arroja languidez en su alma; por el contrario, el peligro y el temor voltegeán sin cesar al derredor de ellos, como un fantasma ó como una sombra, lo que les quita la serenidad del espíritu.

De aquí resulta tambien otro pernicioso efecto, el que el corazon de los reyes sea, como dice la escritura, frecuentemente impenetrable; porque la muchedumbre de sospechas y la ausencia de un sentimiento dominante, al que se subordinen los demás, vuelven al alma mas difícil de conocerse.

Otra desgracia de los reyes es, que se creen de deseos, y se ocupan profundamente de vagatelas. No parecerá esto sorprendente á los que saben que el hombre se complace mas en la facilidad de las cosas pequeñas, que en la lentitud con que se consiguen las grandes. Los reyes dependen de sus vecinos, de sus muge-

res, de sus hijos, de sus queridas, de su casa, de los grandes de la corte, de la nobleza, de los magistrados, de los mercaderes, del pueblo y de los soldados. ¡Cuántos embrazos para un hombre solo!

CAPITULO VIGESIMO TERCERO.

DEL AMOR DE SÍ MISMO.

EL amor propio se parece á la hormiga, que es un insecto muy útil á sí, y muy dañoso en un jardín.

CAPITULO VIGESIMO CUARTO.

DE LAS INNOVACIONES.

Como los niños recién nacidos son deformes, así lo son algunos establecimientos nuevos que son hijos del tiempo; porque el tiempo es el mas grande de todos los innovadores.

CAPITULO VIGESIMO QUINTO.

DE LA AMISTAD.

EL que ama la soledad, ha dicho un antiguo, es un dios, ó una bestia salvaje; yo añado que casi siempre es lo último, porque los dioses son muy raros.

Se halla uno á menudo en la soledad sin buscarla, y esto acontece cuando uno está privado de amigos: conviene no creer que una compañía muy numerosa sea una sociedad; los hombres que en aquella se vén, son para nosotros lo que las estatuas en los pórticos. El trato sin unión y sin confianza, no es mas que un vano ruido.

Con razon se ha dicho: *Una gran ciudad es á veces una gran soledad*; el mundo mismo, sin amigos, sería un desierto. El mejor remedio para las *obstrucciones del corazón*, es un amigo fiel, á quien se puedan confiar los cuidados, los placeres, los temores, las esperanzas, las sospechas, las inquietudes, los designios y aun las debilidades.